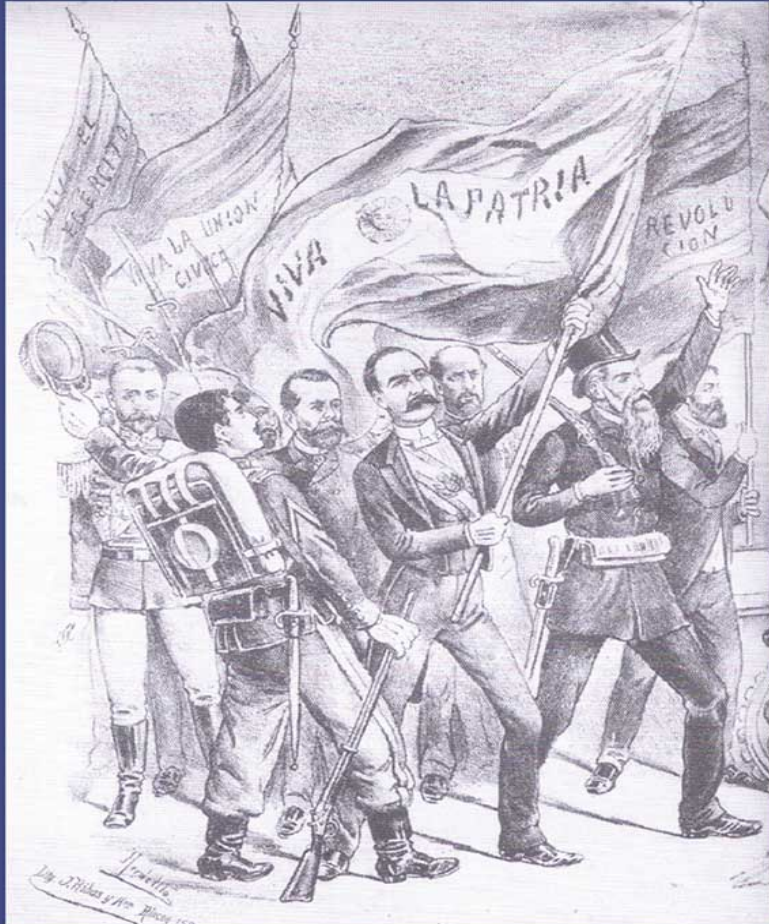


LILIA ANA BERTONI

PATRIOTAS, COSMOPOLITAS Y NACIONALISTAS



La construcción de la nacionalidad argentina
a fines del siglo XIX

LILIA ANA BERTONI

**PATRIOTAS,
COSMOPOLITAS Y
NACIONALISTAS**

La construcción de la nacionalidad argentina a fines del
siglo XIX



En el siglo XIX, la formación de una nacionalidad propia fue un eje central en la construcción de las naciones modernas. En la Argentina ese proceso, simultáneo con la llegada masiva de inmigrantes, implicó un desafío para la formación de los ciudadanos. Se impulsó así un amplio movimiento de carácter nacional, que abarcó instituciones públicas y asociaciones privadas, actividades políticas, culturales y educativas, campañas de opinión y movilizaciones patrióticas. Entonces se pusieron de manifiesto diferentes concepciones de la nación: la de un patriotismo inclusivo, que reconocía la diversidad de la sociedad, y la de un patriotismo nacionalista, que postulaba una sociedad culturalmente homogénea y una raza nacional.

Para reconstruir la trama de este complejo proceso, Lilia Ana Bertoni muestra cuáles fueron las estrategias políticas y discursivas en torno de la cuestión nacional, las emociones y tradiciones culturales puestas en juego, el papel atribuido a la escuela y los dispositivos simbólicos que debían activarse para nacionalizar una sociedad de orígenes muy diversos. Lúcido y brillante, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas* es un clásico de la historiografía argentina.

Bertoni, Lilia Ana

Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas : la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX / Lilia Ana Bertoni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-628-594-0

1. Historia Argentina. I. Títul
CDD 982

Primera edición en Argentina: diciembre 2020

Edición en formato digital: diciembre 2020

© Lilia Ana Betroni, 2020

© de la primera edición 2001

© de la presente edición Edhasa, 2020

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-594-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Créditos

Dedicatoria

Introducción

Primera parte. La nacionalidad en marcha

Capítulo I. Los años ochenta: una nacionalidad cuestionada

Una realidad problemática

Una “più grande Italia al Plata”

En su tierra, la única autoridad

Construir la nacionalidad

Notas

Capítulo II. La escuela y la formación de la nacionalidad, 1884-1890

Maestros indiferentes y alumnos que ignoran el idioma

Una educación de carácter nacional

La campaña por la obligatoriedad escolar
La escuela, la enfermedad y la vacuna
Entre la atracción y la coerción
La cuestión de las escuelas de los extranjeros
Un sistema nacional
Notas

Capítulo III. Héroes, estatuas y fiestas patrias:

construir la tradición patria, 1887-1891

Las fiestas patrias: una feliz inspiración
Las fiestas en la Gran Aldea
La Babel de banderas
Los escolares despiertan el sentimiento de la
nacionalidad
La reacción del espíritu público: los festejos de
1889
La reacción del espíritu público: la tradición
patria
San Martín y la república encabezan el gran
desfile
Las fiestas patrias en las escuelas
Notas

Capítulo IV. El desafío de los extranjeros, 1887-1894:

¿nacionalidad o derechos políticos?

Que todos los extranjeros se hagan argentinos
Gobernar es fortificar el espíritu nacional
Los extranjeros no pueden ejercer la soberanía
política
¿Hay necesidad de cambiar de nacionalidad?

1890: la movilización política de los extranjeros

1890: ¿gringos y criollos enfrentados?

El CPE: una organización nacional

El desafío de los extranjeros: 1893, un plan
antinacional en Santa Fe

Afectará el porvenir de la nacionalidad

1894: ¡Extranjeros contra la Bandera nacional!

Notas

Segunda parte. ¿Cuál nación?

Capítulo V. Un balance crítico

Cosmopolitas o nacionalistas

Notas

Capítulo VI. Una lengua, una raza, una nación, 1890-
1900

Unir por el espíritu de la raza

La unidad por la lengua

La confraternidad hispanoargentina y la relectura
del pasado

¿Existe una cultura nacional?

Nacionalidad o cosmopolitismo: ¿un único idioma
nacional?

Con espíritu excesivamente cosmopolita...

Defender el alma nacional de toda contaminación

La comunidad de idioma es el alma de la nación

Reprimir todo abuso de la libertad de enseñar

¿Hay un idioma nacional de los argentinos?

Opongamos al absorbente imperialismo la
fecunda nacionalidad

Notas

Capítulo VII. Soldados, gimnastas y escolares:

defender la nación

Defender la nación

Formar al ciudadano soldado

Las sociedades deportivas y de tiro

El Gran Torneo Gimnástico

El. Sthenógeno Patriótico Argentino

Disciplina de la obediencia o gobierno intelectual

de sí mismo

Ejercicios militares y educación física

Consolidar el frente interno: la confraternidad

íaloargentina

El 20 de Septiembre, una fiesta nacional

Un Ejército nacional

Notas

Capítulo VIII. Un panteón nacional, 1886-1900

Hacer la historia patria: la. Revista Nacional

El panteón nacional: un juicio tranquilo e
imparcial

Tradiciones en conflicto: ¿Es Mayo el punto de
partida de la nación?

Tradiciones en conflicto: los cabildos, los
caudillos y el federalismo

Los jóvenes y las peregrinaciones patrióticas

Las asociaciones patrióticas de la juventud

Tradiciones en conflicto: el fracaso del panteón
nacional

¿Quiénes merecen monumentos?. Los
reconocimientos postergados

Los nuevos héroes: Falucho

Los héroes de la confraternidad: la Reconquista y
Garibaldi

Garibaldi y los límites de la confraternidad

Héroes propios y ajenos

¿Por qué buscar ídolos prestados?

Notas

Conclusión

Sobre la autora

A Lilia Sara Marengo
y Juan Bautista Bertoni

Introducción

Este libro se ocupa de la construcción de la nacionalidad en la sociedad argentina a fines del siglo XIX. En aquellas dos últimas décadas se perfiló con nitidez un amplio movimiento que evidenció preocupaciones nacionales y aun nacionalistas de índole política e ideológica. Estas preocupaciones se manifestaron en diversas actividades culturales y políticas de asociaciones e instituciones que ocupaban el centro de la escena pública, en movimientos de opinión, en la acción de grupos informales y también en las campañas de un amplio movimiento patriótico, que abarcaron actos patrios y manifestaciones públicas, además de una vasta producción historiográfica, la edición de libros y revistas especializadas y la realización de homenajes y monumentos a los próceres.

La preocupación por la formación de la nacionalidad está inserta en un proceso de largo aliento; crece con el movimiento romántico de 1830 y se mezcla luego con la construcción del Estado nacional. En este libro sólo se estudia este proceso en el período que va de 1880 hasta el

fin del siglo. Dos factores jugaron en esos años para acelerar el ritmo del proceso de construcción de la nacionalidad: la afluencia de la inmigración masiva, que transformó completamente la sociedad argentina en un momento de fuerte expansión económica, y el inicio de una nueva etapa de construcción de las naciones y las nacionalidades en Europa, en un clima de expansión colonial imperialista. En estas circunstancias, los problemas se volvieron más graves y la necesidad de respuestas más urgente. Para los grupos dirigentes, la solución a aquellas cuestiones pareció encontrarse en la afirmación de la nación y en la formación de una nacionalidad propia.

Estos problemas están prácticamente ausentes en la mayoría de los trabajos referidos al período. La aparición de una preocupación por la nacionalidad ha sido generalmente relacionada con la constitución de grupos políticos nacionalistas, y también con el despliegue de una reacción a la inmigración masiva. Se ha señalado la emergencia del interés por la nacionalidad hacia 1910,¹ pero en general se sostiene que el nacionalismo se define en la década de 1920, cuando se constituyen los grupos políticos que se denominan a sí mismos nacionalistas,² aunque algunos autores reconocen la emergencia de un primer nacionalismo en 1910.³ Por contraste, suele considerarse que la época anterior -el largo período de expansión entre 1880 y 1910- está despojada de un

auténtico interés por lo nacional y dominada por la “mirada hacia afuera”.

Por otra parte, en la historiografía argentina se ha planteado recurrentemente, de manera explícita o subyacente en el tratamiento de temas diversos, la estrecha relación que en las primeras décadas del siglo XX existió entre la inmigración masiva y la nacionalidad. Más allá de sus diferencias, estos planteos han coincidido en subrayar una misma cuestión: la aceptación o el rechazo de los inmigrantes por parte de la sociedad local. Del predominio asignado a una u otra actitud se concluyen dos caracterizaciones globales y opuestas de la sociedad argentina: una la quiere abierta, tolerante e integradora; la otra, cerrada y que rechaza. Ambas pueden aducir testimonios diversos y convincentes. Desde una de esas perspectivas, la idea de una reacción de la población nativa a la afluencia de inmigrantes y la conflictiva convivencia entre ambos grupos sirven para explicar el interés de una parte de la sociedad por lo nacional y las posturas nacionalistas; sus evidencias se encuentran en diversos testimonios de actitudes xenófobas: prejuicios frente a lo distinto, desvalorización de los inmigrantes, discriminación hacia ciertos grupos inmigratorios y, finalmente, rechazo. Esta explicación, centrada en la idea de reacción, resulta insuficiente para el problema en su conjunto, pero tiene una virtud: subraya la existencia de conflictos, a menudo desdeñados por quienes proponen una imagen armoniosa de la sociedad.

Desde la otra perspectiva, basada en las múltiples evidencias de un proceso de integración casi espontáneo, de una fácil convivencia entre nativos e inmigrantes y de la aceptación local de otros usos y costumbres, las reacciones negativas o de rechazo de la sociedad serían casos excepcionales o aislados. Quienes así piensan no desvinculan la preocupación por lo nacional de una reacción ante la afluencia inmigratoria, pero la reducen a una postura aristocratizante de grupos reducidos de la elite. Entre ellos se habría gestado hacia el Centenario un espíritu nacionalista, síntesis de actitudes de rechazo a lo extranjero y a los inquietantes sectores populares en crecimiento, que finalmente se impondrían al conjunto de la sociedad a través de la política oficial. La concepción y difusión de esta postura es frecuentemente atribuida a algunos escritores, que son a la vez personajes expectables de la sociedad, como Manuel Gálvez o José María Ramos Mejía. Aunque ambas interpretaciones parecen ser contradictorias, corresponden a fenómenos y procesos que efectivamente se gestaron en la sociedad de la inmigración masiva. Cada una de ellas mira distintos sectores de la sociedad y explica procesos parciales.⁴

Esta forma de plantear la relación entre la inmigración y la preocupación por lo nacional, la construcción de la nacionalidad y la emergencia de nacionalismos, ha dejado de lado, quizá por considerarlo obvio, un aspecto que en su momento revistió una importancia decisiva. A fines del siglo pasado, cuando recibía los contingentes inmigratorios

más numerosos, la Argentina se encontraba en medio de un proceso inconcluso de formación de la nación, entendido también en el sentido de constitución de una sociedad nacional. Tan importante como ese proceso es que ocurriera simultáneamente con el de formación de las naciones europeas -de donde provenían aquellos contingentes- y con la discusión de los criterios internacionales con los que se consideraba la existencia de las naciones. En la Argentina la formación de la sociedad nacional estuvo condicionada al mismo tiempo por ambos procesos: el que gestaba la sociedad local y el que vivían los otros países, en referencia a los cuales se moldeaba el futuro rumbo del proceso interno.

Estos factores, que intervienen también en los casos de otros países receptores de inmigración, tienen sin embargo rasgos singulares en la Argentina, donde el peso de los extranjeros -en relación con la sociedad receptora, relativamente pequeña, y con su organización estatal reciente y débil- resultó un condicionante decisivo. En otras palabras, es preciso recordar que en la Argentina los inmigrantes no sólo eran mano de obra vital para una economía en expansión, extranjeros que debían incorporarse a una sociedad con diferentes grados de integración y conflicto, potenciales ciudadanos de un sistema político en gestación e integrantes de una nación que estaba formándose, sino que además, y al mismo tiempo, eran miembros de otras naciones distintas, también en formación, y por esto mismo requeridos por Estados

nacionales extremadamente celosos de su población. Resulta fundamental mirar a los hombres que vivieron esta etapa como actores de diferentes procesos y como protagonistas simultáneos de por lo menos dos historias.

El uso del término nacionalidad remite a la riqueza polisémica que tuvo en el siglo pasado; muchas veces fue equivalente de nación y también significó el conjunto de atributos en los que un pueblo basaba su aspiración a ser una nación, cuando aún no poseía un Estado. Es posible entonces usarlo en los sentidos antes mencionados, con la ventaja de conservar algunos otros sentidos anexos, utilizados también en el pasado para aludir a una zona ambigua de la realidad, de amplitud fluctuante, entre el individuo-ciudadano y la nación-Estado, recorrida por diversas formas de relación que iban desde una vaga idea de pertenencia hasta el más cerrado patriotismo, desde los lazos formales hasta los sentimientos y los ideales.

Para estudiar la construcción de la nacionalidad, se examinó el amplio espacio de la realidad histórica que se constituye entre el Estado, la política y la vida de la gente en sociedad, así como los sentimientos de pertenencia y patriotismo, entre los que cobra forma la nacionalidad. La cuestión se ubica en un espacio relacionado con la constitución de la nación-Estado en términos institucionales y jurídicos y su adquisición de un estatus de nación soberana frente a otras naciones, además de la formación de una sociedad nacional, es decir, el establecimiento de vínculos de relación entre los

individuos-habitantes y el Estado nacional. Estos vínculos se expresaron de manera formal -distintos tipos de leyes, como la de Ciudadanía-, pero también se definieron a partir de otro tipo de relaciones: tradiciones culturales, emociones, deseos, aspiraciones y sentimientos. Entre unos y otros juegan las políticas y las ideologías de los Estados, las acciones de los individuos, los grupos y las instituciones, un conjunto de prácticas que cuentan con consenso o bien dan lugar a debates abiertos, pero que -vistas en su desenvolvimiento a lo largo de esta etapa- son reveladoras de un movimiento general, un proceso mayor en el que se perfila la construcción de la nacionalidad.

Para reconstruir ese complejo proceso fue preciso atender a los cambios de la sociedad, a los procesos culturales, a las ideas dominantes, a las acciones de los individuos, los grupos y las instituciones. Se prestó atención a los discursos elaborados, publicados en libros, fruto de la reflexión tranquila, a los discursos más espontáneos que suscitan los acontecimientos cotidianos, a las argumentaciones menos meditadas, nacidas al calor de los debates y estimuladas por algunos problemas urgentes. En los momentos de discusión hay un despliegue de argumentos a los que los protagonistas recurren, presionados por la necesidad de fundamentar una postura en el debate: se exigen definiciones, las opiniones se extreman y los matices se diluyen. Cuando el tema divide aguas, se ponen de manifiesto las diferencias más profundas que separan a los grupos. Así, en el vasto

movimiento patriótico en el que participaron los grupos dirigentes junto a otros sectores más amplios, es posible advertir, más allá de ciertos propósitos comunes, las diferencias políticas e ideológicas que gradualmente los fueron separando, las tensiones que recorren la tarea de construcción de la nacionalidad y las diferentes ideas de lo que debía ser una nación. De estos debates nacieron las distintas denominaciones de sus protagonistas: patriotas, cosmopolitas y nacionalistas, con las que se definían o eran denominados. Aquellos patriotas que siguieron sosteniendo un patriotismo inclusivo, con valores compatibles con la pertenencia a un orden universal, fueron calificados de cosmopolitas por otros patriotas, que asumieron la defensa de la singularidad cultural y la raza nacional y se consideraron a sí mismos los únicos nacionalistas.

Este libro es producto de una tesis doctoral, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en junio de 1998. Marcela Ginestet, Viviana Mesaros, Vilma Bada y Bárbara Raiter colaboraron en distintas etapas de la investigación, que desarrollé en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Doctor Emilio Ravignani", de la misma Facultad, y en el Centro de Estudios Sociohistóricos de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Recibí apoyo de la Universidad de Buenos Aires, a través del Programa UBACyT, y del CONICET, a través de sus Proyectos de Investigación. Avances del trabajo fueron presentados en distintas

jornadas y encuentros, y publicados en revistas especializadas. En esas ocasiones, las opiniones de comentaristas, árbitros y colegas fueron de gran utilidad. Ema Cibotti, Rubén Cucuzza y Diana Epstein me permitieron acceder a diversos archivos. José Carlos Chiaramonte dirigió la tesis doctoral. Natalio Botana, Ezequiel Gallo y Oscar Terán, miembros del jurado, realizaron comentarios que consideré al preparar la versión final. Agradezco a todos ellos, y muy especialmente a los colegas y alumnos de la Universidad de Buenos Aires, en cuyo estimulante clima intelectual pude llevar adelante este trabajo.

Notas

¹ Véanse: José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, FCE, 1956; Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983, y Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

² Existen varios estudios clásicos sobre el tema. Julio Irazusta (*El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado, 1975) entiende el nacionalismo como un ideario sistemático, vinculado a la aparición de grupos político-ideológicos organizados. Federico Ibarguren (*Orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celsius, 1969) concibe a los nacionalistas como grupos políticos organizados con lealtades y enemigos comunes. Enrique Zuleta Álvarez (*El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975) los considera como nacionalistas no sólo por su postura

ideológica sino también por sus actitudes políticas sistemáticas. Marysa Navarro Gerassi (*Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968) entiende que son grupos políticos con grandes diferencias de ubicación en el espectro político nacional y que no comparten un mismo encuadramiento ideológico. María Inés Barbero y Fernando Devoto (*Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, CEAL, 1983) incorporan a su estudio la consideración de Cárdenas y Payá de un primer nacionalismo hacia 1910 si bien consideran como nacionalistas -y a ellos dedican lo fundamental de su estudio- a los grupos políticos constituidos, que se definen y son definidos como nacionalistas. Diana Quattrocchi-Woisson (*Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995) también asume una caracterización semejante y un similar momento de origen.

³ Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; Eduardo Cárdenas y Carlos Payá, *Emilio Becher (1882-1921). De una Argentina confiada hacia un país crítico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1979.

⁴ Dentro de un amplio arco de variantes individuales, la primera postura aparece paradigmáticamente en Carl Solberg, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile 1890-1914*, Austin and London, Institute of Latin American Studies, University of Texas Press, 1970. El más clásico ejemplo de la segunda se fórmula en Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968. El libro de Carlos Escudé, *El fracaso argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, Tesis, 1990, plantea en forma extrema la interpretación de la reacción de la elite en el Centenario.

Primera parte

La nacionalidad en marcha

Capítulo I

Los años ochenta: una nacionalidad cuestionada

En 1887, el diputado Estanislao Zeballos afirmaba en el Congreso:

La cuestión de la inmigración es el interés más grave que tiene la República Argentina en estos momentos; el Congreso debe ser previsor adoptando todas las medidas prudentes para realizar estos dos grandes propósitos: atraer hacia nuestra patria a todos los habitantes del mundo que quieran vivir en ella e inculcar en el corazón de los extranjeros el sentimiento de nuestra nacionalidad.¹

Zeballos resumía las inquietudes del momento. Una de ellas era la cantidad creciente de inmigrantes que estaban llegando al país. “Cuando se ven llegar millares de hombres al día, todos sienten el malestar de la situación, como una amenaza de sofocación, como si hubiera de faltar el aire y el espacio para tanta muchedumbre”, había escrito Sarmiento expresando una preocupación generalizada

sobre las consecuencias de tal aluvión para una sociedad relativamente pequeña y una nación aún en formación.² A la inquietud se agregaba un temor: según algunos políticos italianos, que buscaban justificaciones para la expansión colonialista, la jurisdicción metropolitana debía extenderse allí donde había colonias de connacionales, y donde consecuentemente se prolongaba la nacionalidad italiana, como ocurría con el Río de la Plata; en ese caso la anexión sería simplemente la consagración de un derecho natural. La convalidación de tal pretensión podía encontrarse en la categórica afirmación de uno de los teóricos de la nacionalidad italiana, Pasquale Stanislao Mancini: “¿Cuál es el límite racional de derecho de cada nacionalidad? Las otras nacionalidades”.³

Ya fuera por el fantasma de una sociedad en disgregación, o por la posibilidad, tanto o más amenazante, de que la soberanía nacional fuera cuestionada, en la década de 1880 la nacionalidad se ubicó en el centro de las preocupaciones de los grupos dirigentes. No era un tema completamente nuevo, pues el interés por la nacionalidad puede encontrarse mucho antes, con el romanticismo; sin embargo en la Argentina no fue un factor demasiado significativo en la construcción de la nación.⁴ Según se entendía por entonces, nación y Estado eran equivalentes; construir la nación supuso prioritariamente lograr, a través de un dificultoso proceso, los acuerdos políticos mínimos, la imposición del orden, el armado institucional, jurídico y administrativo; también, dotarla de un punto de partida

legítimo y de una historia. Hacia 1880, con un dominio más pleno del territorio nacional y con la federalización de Buenos Aires, el Estado nacional surgió como el exitoso resultado del proceso previo.⁵ Pero en ese momento triunfal, la sociedad pareció entrar en un proceso de disolución: ante los angustiados ojos de muchos contemporáneos, la sociedad nacional y la nacionalidad –entendida como la manifestación de la singularidad cultural de un pueblo– parecían entrar en disgregación. Entonces, la cuestión de la nacionalidad cobró una importancia diferente. En los años previos, particularmente en la década de 1870, aparecieron indicios de preocupación por la nacionalidad –ya en la definición de los problemas, ya en las ideas–, pero en la década de 1880 esta cuestión adquirió una complejidad y una urgencia completamente nuevas. Los factores mencionados confluyeron para acelerar su despliegue: el ritmo que asumió la afluencia de la inmigración masiva y el clima de aguda competencia imperialista entre las naciones europeas. En estas circunstancias, los viejos problemas se tornaron graves y la necesidad de respuestas fue urgente. La solución se encontró en lo que sin duda era un imperativo del momento: la afirmación de la nación y la formación de una nacionalidad propia.

Una realidad problemática

La inmigración era una realidad antigua, pero en los años ochenta adquirió características tales que generó un novedoso y contradictorio clima de sentimientos. La imagen positiva del inmigrante y la entusiasta confianza en las posibilidades del futuro económico argentino que despertaba su presencia, se combinaron al final de la década con algo de inquietud y temor por los rasgos de la nueva sociedad aluvional.

En los primeros años de la década de 1880 los inmigrantes que ingresaban anualmente rondaban los 50.000 -cifra ya significativa-, pero desde 1885 el número creció sostenidamente, saltando a casi 300.000 en 1889; además, al enorme flujo se agregó la disminución de los regresos.⁶ “Gigantescas son las proporciones que han alcanzado las cifras de la inmigración en el año que termina”, afirmó *La Prensa* a comienzos de 1888, vinculando esa afluencia masiva con las cosas más diversas, como aquel cólera que asoló al país en 1887 y cuya “influencia fue más intensa y formidable sobre la inmigración que afluía, al parecer, adrede, en corrientes continuas y cifras verdaderamente enormes produciendo y aumentando los conflictos de la situación”. Dato significativo: la relación que se estableció con el “flagelo” fue aceptada sin más examen, por lo que “la prevención contra el inmigrante se apoderó de todas las poblaciones con excepción de las de esta Capital y de la provincia de Santa Fe”.⁷

Desde mediados de la década, el gobierno había iniciado una agresiva campaña de captación de inmigrantes en Europa, reemplazando su tradicional política de fomento de la inmigración espontánea -básicamente ofrecer garantías y amplias libertades a quienes libremente quisieran inmigrar- por otra de fuerte estímulo, a través de medidas “artificiales” como el subsidio estatal de los pasajes a los inmigrantes. Se organizó un complejo plan de fomento: el Departamento de Inmigración fue trasladado al área de Relaciones Exteriores y se creó una red de oficinas de Información y Propaganda en Europa. Esta tenía una sede en París y oficinas en Londres, Basilea, Berlín, Bruselas y otras ciudades europeas, que se encargaron de alentar la emigración, informando y distribuyendo pasajes que el gobierno argentino subsidiaba.⁸ La magnitud de los recursos empleados muestra la importancia que el gobierno de Juárez Celman asignaba al plan de fomento de la inmigración, decisivo para afianzar la expansión económica.⁹ El plan se articulaba con la captación de capitales europeos; las oficinas de Información y Propaganda debían servir para la venta de las tierras públicas en Europa y para canalizar nuevos capitales, mientras las exposiciones de productos argentinos, como la de 1888, preparada por la Unión Industrial y la Sociedad Rural, procuraban consolidar la imagen de un país pujante y próspero.

El gobierno de Juárez Celman buscó a través de una política activa acelerar y profundizar la expansión que la

Argentina vivía desde el inicio de la década por las favorables condiciones de la economía mundial: una sostenida demanda para sus productos exportables y una intensa afluencia de capitales y de mano de obra. El presidente, rodeado de un grupo agresivo y emprendedor, utilizó los resortes del Estado para aprovechar al máximo las posibilidades de la coyuntura y promover y orientar el crecimiento económico.¹⁰ Sin embargo, los recursos fiscales eran aún modestos; el aparato administrativo, todavía precario, se formaba con dificultad, por la escasez de recursos y por la carencia de personal idóneo para sus nuevas funciones, ya fueran contadores o maestros. Con estas ventajas y carencias, Juárez Celman dedicó los recursos del Estado a estimular las actividades privadas y garantizar sus beneficios, y también a realizar aquellas obras que no interesaban a los empresarios o que no podían quedar libradas a un funcionamiento espontáneo.¹¹ Así, mientras se dejaban en manos privadas los ferrocarriles o la colonización agrícola, que eran rentables, se generó una agresiva política bancaria, se lanzó una arriesgada campaña financiera internacional y se llevó adelante un ambicioso -aunque no el más sensato, en la opinión de muchos contemporáneos- plan de fomento de la inmigración.

Esta apuesta al crecimiento desencadenó importantes consecuencias. Es sabido que el gobierno de Juárez Celman intentó cabalgar por sobre la ola especulativa que, sin embargo, terminó por hundirlo. Un problema menos

espectacular, pero a la larga más complejo, fue el rápido crecimiento de la población extranjera y las encontradas opiniones que esto suscitó. El cambio de la antigua imagen positiva de la inmigración a otra más matizada, e incluso crítica, que se observa en muchos testimonios, se relacionó con la aparición de una sensación de inundación, hasta entonces desconocida. Conjuntos enormes de extranjeros se agregaban a la población del país, presumiblemente en forma permanente, y no se advertían señales de su progresiva integración. La extranjería aparecía como un brote fuerte y pujante en la sociedad argentina. “Dentro de poco nos veremos convertidos como Montevideo en una ciudad sin rasgos”, sostenía Estanislao Zeballos; “nosotros vamos a ser el centro obligado a donde convergerán quinientos mil viajeros anualmente; nos hallaremos un día transformados en una nación que no tendrá lengua, ni tradiciones, ni carácter, ni bandera”.¹²

Lo que asustaba más era el cálculo prospectivo: “a los Estados Unidos ya han llegado doce millones por lo menos, y en pocos años habrán llegado a nuestro país mayor número que los que originalmente lo pueblan, y los ya arribados”,¹³ calculaba muy preocupado Sarmiento en noviembre de 1887; pocos meses después insistía: “podría llegarse a medio millón al año y a un millón, pues nada tienen estas cifras de imaginarias, con lo que tendríamos antes del año 1900 -faltan doce años- diez millones de habitantes, de ellos seis millones que no son ciudadanos”.¹⁴

Por otra parte, era evidente que estaban llegando “otros” inmigrantes, provenientes de zonas más atrasadas. Cuando las expectativas se dirigían a estimular la inmigración de Europa del Norte, la composición del conjunto variaba en otro sentido, acentuando aún más la proporción de italianos y de españoles, con predominio de los sectores más modestos. Pero además comenzaron a llegar nuevos grupos, como los judíos provenientes de Rusia y los árabes del Imperio turco.¹⁵ Si bien numéricamente reducidos, resultaron notables. Por su novedad y por el exotismo de su aspecto oriental, que acentuaba la creciente sensación de cosmopolitismo, parecían colocarse en el límite de lo admisible para la sociedad argentina.

En el debate público emergieron críticas enérgicas y las primeras argumentaciones sobre el rechazo de los inmigrantes. En 1889, en el momento en que se recomendaba rechazar a los judíos rusos arribados en el *Welser*, se hicieron súbitamente visibles en Buenos Aires los árabes provenientes de Turquía. Sus vestimentas y su extraño idioma, exhibidos en la venta callejera -actividad predominante entre los recién llegados-, los singularizaban, aun en una ciudad de extranjeros. Los diarios alertaron sobre la dudosa calidad de los recién llegados, cuya afluencia se atribuía a la “inmigración artificial” generada por los pasajes subsidiados.¹⁶ En lugar de los laboriosos agricultores que prometía la inmigración espontánea, la nueva política atraía elementos “indeseables”: exóticos judíos y turcos, chulos españoles,